

TRAS LAS HUELLAS DE LA REVOLUCIÓN

Botas de Hule



JOSÉ ARTURO ORTEGA IBÁÑEZ
PRÓLOGO DE CÉSAR VIDAL

CALIGRAMA

Botas de Hule

Tras las huellas de la revolución

José Arturo Ortega Ibáñez

Caligrama

Los necios piensan: «Dios no existe».

SALMOS 14:1

Prólogo

Hacía tiempo, verdaderamente mucho tiempo que las páginas de una novela no conseguían conmoverme tanto. No será, desde luego, porque, incluso ahora lea pocas novelas, sino, fundamentalmente, porque el texto de Arturo Ortega Ibáñez que están ustedes a puntos de comenzar ha provocado, como el sonar de un radar, una resonancia tras otra en lo más profundo de mi memoria y en lo más hondo de mi corazón. Permítanme explicarme.

No había concluido la década de los años ochenta del siglo pasado cuando un joven español subió a un avión rumbo a Nicaragua. Abogado en ejercicio, había recibido una invitación para pronunciar unas conferencias en el país. No había dudado en aceptarla porque, como tanta gente de su generación, quería creer que en suelo nicaragüense los sandinistas estaban alumbrando un

nuevo sistema político que se distanciaba del totalitarismo comunista y, a la vez, sustituía un capitalismo frío por una preocupación hacia los más desfavorecidos que no estaba exenta de ribetes cristianos. No era aquel muchacho un entusiasta de la Teología de la liberación porque le parecía demasiado marxista y demasiado poco bíblica, pero sí es cierto que ansiaba conocer de primera mano lo que estaba sucediendo en aquel lugar de Centroamérica movido por la ilusión de que el futuro llegara a ser mejor para los más desfavorecidos.

Durante varias semanas, aquel joven vivió de cerca la revolución y el resultado de ese contacto directo fue una creciente y angustiosa sensación de desengaño. Sí, la Contra era un grupo de mercenarios —quizá habría idealistas, pero no por ello dejaban de ser brutales— pero, con todo, los sandinistas no manifestaban menor afición por el uso descarnado de la violencia y, desde luego, resultaba obvio que pretendían crear un estado más parecido a una de las dictaduras del este de Europa donde se toleraba incluso la existencia de otros partidos que a una democracia avanzada. El resultado fue una profunda desilusión cuyo símbolo más claro fue una llamada desde el aeropuerto de Panamá a su familia en España salpicada por frases como “no os imagináis lo que es Nicaragua”.

Aquella experiencia de revolución fallida —al menos en lo que a nobleza de ideales y logros se refería— cambió la vida del joven abogado en no pocos aspectos. Muchas cosas, ciertamente, no volverían a ser igual. Sé de lo que hablo porque el desilusionado era yo. Me consta que mi experiencia no fue única y esa es una de las razones — aunque sólo una — por la que esta novela constituye una magnífica radiografía de toda una generación. A decir verdad, en esta novela hay muchas novelas. Es la novela de los que fueron a Nicaragua pensando que vivirían una revolución más noble y mejor. Es la novela de los que se desengañaron y, sin embargo, continuaron intentando hallar el Edén primigenio de la revolución en otros lugares como Colombia. Es la novela de la generación que se encontró con que el terrorismo formaba parte trágica y espeluznante de sus vidas lo mismo si sus actos criminales tenían

lugar en Madrid, Zaragoza o Bogotá. Es la novela de la generación que acabó comprendiendo con horror que existía una organización de inter-terror que permitía a los asesinos de la organización terrorista ETA encontrar amparo en regímenes de izquierda de Hispanoamérica. Es la novela de los que creyeron encontrar la paz espiritual en chamanes — algunos de los cuales, como don Carlos, acabarían confesando que sólo habían inventado sus relatos para engañar a los ingenuos — y también en las drogas. Finalmente, es incluso la novela de aquellos que llegaron a comprender que esta vida carece de sentido cuando no ha tenido lugar un encuentro personal con el Redentor porque existe una paz que este mundo en que vivimos no puede dar.

Todo ello lo cuenta Arturo Ortega Ibáñez con una minuciosidad exquisita, con una exactitud notarial, con un verismo ajustado a lo cierto que —lo confieso— me ha ocasionado incluso escalofríos. Yo he vivido en persona esas y otras revoluciones y el inicio de la dislocación social en Colombia y los golpes del terrorismo en pobres existencias que se cruzaban en su sendero de muerte y los intentos por salir adelante de vidas trituradas de mil maneras por la política y la restauración de las existencias al colocarse a los pies del Amor que todo lo puede perdonar y restaurar.

Quizá por eso mientras iba devorando sus páginas en más de una ocasión he tenido que detenerme con un nudo en la garganta, con un aroma atorado en la nariz, con un fogonazo de colores repentinamente rescatado de mi memoria, de esa memoria que muchas veces se borra en un gesto piadoso encaminado a librarnos de las peores memoranzas.

Ignoro —así es— la manera en que Arturo Ortega Ibáñez se documentó sobre lo que narra, la forma en que ideó ciertos relatos e incluso la parte de verdad que puede existir en su fondo. Sí sé que *Botas de hule* es una novela extraordinariamente sólida, honrada y veraz que refleja incomparablemente bien la peripecia vital de millones de seres humanos y que, por encima de todo, lejos de hundirse en la negrura de un relato remarquiano, permite penetrar en sus líneas un rayo de luz y de esperanza. Lo hace no

porque oculte la realidad sino, precisamente, porque la describe con una extraordinaria precisión.

No puedo sino desear que llegue a ser leída por un público numeroso que, hoy igual que ayer, siente la dentellada de la violencia, aspira a un futuro mejor y ansía una paz que nunca puede nacer del solitario corazón humano. No los entretengo más. La lectura, una lectura sabrosa y subyugante, los está esperando.

César Vidal

Miami, febrero de 2018

**Esta historia está inspirada en acontecimientos que fueron o
pudieron ser reales.**

La tierra prometida

*La tierra por la que hemos ido para reconocerla
es una tierra que devora a sus habitantes.*

Números 13:32

Capítulo I

Managua,

lunes 10 de septiembre de 1979,

11:12 a.m.

Fui la última en desembarcar. Al franquear la puerta del DC10 de Iberia, el azote de la tormenta me dio en la cara. Empapada, cerré los ojos. Resbalé y caí sobre la pista de aterrizaje. Con la certidumbre de que mi vida era un descalabro y ya nada podía ir a peor, levanté la cabeza y contemplé a los pasajeros que corrían hacia la terminal.

Creía que nadie me había visto cuando escuché una voz a mis espaldas:

—¿Compañera Irune? —dijo un militar con pómulos de indio y bigotito—. Soy el capitán Marco Suárez. La esperaba.

Me tendió la mano y me ayudó a levantarme. Caminamos zarandeados por la tempestad y nos unimos a la multitud que se refugiaba del turbión en el edificio.

—Espere aquí, Irune —dijo el capitán—. Deme el pasaporte.

Tomó los documentos y desapareció. Mis ojos se detuvieron en un televisor destartado que emitía imágenes del último atentado de ETA en España. Un hombre cubierto de barro deambulaba cargando el cadáver de una criatura aplastada. Lo reconocí: era mi vecino, Anchón Gurruga, el segundo de mi padre, y la criatura era su hija Valeria. *¿Dónde estará su mujer? ¿Muerta? ¿También mis padres?* Sentí una arcada. Las imágenes sin voz seguían llenándome de angustia.

—No se preocupe, Irune —dijo el capitán—. Lo sabemos todo. Nosotros cuidaremos de usted.

—¿Han muerto mis padres?

—Su madre está entre las víctimas... lo lamento —Hizo un alto—. Pronto se conocerá la verdad. Pero estará a salvo con nosotros.

Vomitó sobre mis zapatos por segunda vez. Me alejé buscando un teléfono. Las hileras de asientos encajonaban a la gente y remataban en otras hileras de asientos o en patrullas militares que cortaban el paso. Parecía un laberinto del que era imposible escapar.

Necesito escuchar la voz de mi padre, me repetí. Los pasajeros me abrían paso. El castigo divino debe terminar aquí y ahora. Divisé un locutorio sin cristales junto a la puerta de acceso a las pistas. Corrí. Descolgué. No, por favor no... Supe que no había vuelta atrás. Había entrado definitivamente en la tenebrosa morada de los muertos en vida. Jamás regresaré a casa.

El capitán había seguido mis pasos. Me cogió la mano y susurró:

—Hágame caso, Irune, tenga ánimo. La vida a veces nos pone en situaciones muy difíciles. Pero no podemos rendirnos. Se lo digo yo.

Comencé a llorar desconsoladamente.

—No está sola en un lugar extraño. Nos tiene a nosotros —
Apretó mi mano con fuerza—. Deje que nos ocupemos de usted
esta noche. Descanse y mañana se sentirá mejor. Ahora vámonos.

Había dejado de llover, pero las nubes oscuras permanecían
inmóviles sobre nuestras cabezas. Me llevaron por una carretera
flanqueada de altos muros coronados con alambre de espino. El
capitán me explicó que eran haciendas abandonadas por los
generales de Somoza. Después guardó silencio. Me observó
incómodo hasta que entramos en Managua.

Las fachadas grises parecían más oscuras por los
nubarrones. Aún había rastros del terremoto de 1972 y de los duros
combates que habían vivido las calles. Managua parecía una
ciudad bombardeada de la segunda guerra mundial. Un asfixiante
halo de humedad flotaba sobre los charcos.

—Después del terremoto, Somoza ingresó en su cuenta toda
la ayuda internacional que llegó a Nicaragua —comentó el capitán.

Cerré con fuerza los ojos. *¿A mí qué me importa?*

—Ordenó que se confiscaran los víveres y las medicinas
recibidas y después el muy canalla los vendió —continuó el capitán
—. A lo mejor se pregunta por qué no hicimos algo para frenarlo. No
pudimos. Dos años antes había impuesto el estado de sitio. La
censura impidió que la prensa hablara de las malversaciones. Dejé
este país arruinado, repleto de viudas y de huérfanos... ¡Maldito!

Tenía ahora la voz de un guerrillero, un líder intrépido al frente
de sus hombres.

—La Guardia Nacional ejercía el régimen del terror —
prosiguió el capitán—. A mi papá lo mataron porque se resistió a
que le robaran la vaca que teníamos. Lo mataron a culatazos,
delante de mi mamá y de mis hermanos. Lo dejaron tan destrozado
que no parecía un ser humano... Yo le di sepultura y me uní al
Frente Sandinista. Y luché hasta que entramos en Managua.

Yo seguía sin decir nada. No lo miraba. Me sentía sucia, extenuada. Mis pensamientos seguían estrellándose sin respuesta contra un muro. Solo quería quedarme al fin sola y llorar.

El capitán se detuvo frente a una vieja mansión colonial con balcón corrido y entrepisos de madera, altas paredes de adobe con revestimientos de argamasa. Me explicó que era la sede de los internacionalistas. La puerta estaba abierta y un grupo de jóvenes de mi edad conversaba en el vestíbulo. Eran los cooperantes que las organizaciones humanitarias habían enviado para ayudar a levantar aquel pequeño país con una población mayoritariamente analfabeta y sin los servicios más elementales. Una joven pelirroja salió a nuestro encuentro. Le sonrió al capitán, me dio un beso y dijo con ligero acento francés:

—Hola, soy Bea, ¿eres la enfermera española? Irune, ¿verdad? ¡Bienvenida! Perdona el desorden. No termina de llegar gente y cuesta trabajo acomodar a todos. ¿Dónde está el equipaje?

Había huido con lo puesto. Estaba tan empeñada en que mi madre no adivinara lo que iba a hacer que no me atreví a coger ni el cepillo de dientes.

—Han perdido el equipaje y no tengo nada —murmuré—. Qué desastre.

—Espera. Ya vuelvo.

La joven desapareció por una puerta lateral. El capitán se llevó la mano a la visera y dijo que al día siguiente me acompañaría al Ministerio de Salud. Después me dejó sola. Nadie se fijaba en mí y me sentía cómoda. Unos minutos después, Bea me tocó la espalda.

—Ya estoy aquí —Me dio una bolsa—. Son un par de vestidos, ropa interior que creo que es de tu talla y útiles de aseo. ¿Quieres comer algo?

Negué con la cabeza.

—Ven, te llevaré al lugar que te tenemos reservado.

Subimos por una escalera de madera cubierta por una larga alfombra. El pasillo del segundo piso daba a varias habitaciones sin puertas, con literas y colchones apilados hasta el techo. Bea me mostró el cuarto de baño y la ducha comunitaria. Al final del pasillo, me señaló un colchón en el suelo. Un rayo de sol que se filtraba a través de la mosquitera de la ventana se escondió tras las nubes. *El sol huye de mí*, pensé.

—Lo siento, es lo que tenemos por el momento. Pero no te preocupes por la falta de cristales: aquí nunca hace frío. Si quieres algo me buscas. Descansa un rato. A las ocho es la cena.

Vacíé el contenido de la bolsa. Escogí un vestido sin mangas de color beige con florecitas amarillas, un sujetador y unas bragas que no eran de mi talla. En el cuarto de baño, me desvestí y tire en un cajón mi viejo vestido manchado de barro y vómito y la ropa interior que había llevado durante más de cincuenta horas. Isabela, mi prima, me observaba desde el espejo. *Ella jamás lo hubiese hecho*, pensé. Rompí a llorar.

Bajo el agua tibia de la ducha, mis pensamientos volvieron a dar vueltas y más vueltas. La última vez que había visto a Isabela teníamos diez años. Fue cuando mi padre pidió el traslado al País Vasco. *No he querido saber nada más de ella ni he contestado a ninguna de sus cartas*. Yo siempre había querido ser Isabela, aunque en esa época lo habría dicho con otras palabras... De repente, como si se me reventara una arteria, la angustia estalló: *¿cómo he podido hacerlo?*

Me di una bofetada y sentí alfilerazos en la cara. Me lo merecía. Recordé a mi padre en El Toboso abofeteándome. Hubiera dado cualquier cosa por tenerlo delante de mí y que me diera otra paliza, que me golpeará con tanta rabia que me dislocara algo y yo pudiera perder el conocimiento. Quería borrar todo recuerdo de España. Pero una y otra vez lloraría, siempre por lo mismo.

Unos golpes en la puerta me retornaron a la realidad.

—¿Estás bien? —gritó Bea.

—Gracias, sí. Ahora mismo salgo.

Por fortuna, no me esperó en la puerta. Busqué la habitación y me dejé caer sobre el colchón que Bea me había asignado. Quería dormir, desaparecer, al menos hasta la cena. Pero mi mente volvió a llenarse de imágenes del derrumbe y de Valeria muerta. Mientras lloraba, rememoré la pesadilla de lo ocurrido dos días antes.

San Sebastián,

sábado 8 de septiembre de 1979,

9.26 a.m.

Conocía el segundo exacto de la explosión. Yo misma la había programado: faltaban cuatro minutos. Estábamos llegando a la N1 cuando la onda expansiva estremeció los cristales del coche.

Dios mío, ¡ha sido muchísimo más fuerte de lo que había imaginado! Me tapé los oídos por instinto con las manos. *¿Qué he hecho?*

El caos se había apoderado de golpe de Donostia. Las sirenas ululaban por todas partes.

—Por favor, Gorka. Pon la radio...

La tormenta que amenazaba desde la víspera se desgajó camino de Madrid. La oscuridad, rasgada por los relámpagos, descendió sobre nosotros como un manto fúnebre. Los truenos y la fuerte lluvia sobre el capó amortiguaban la voz metálica del locutor:

«Interrumpimos la emisión a fin de comunicarles que una fuerte explosión se ha producido hace escasos minutos en la casa cuartel de la Guardia Civil en Intxaurreondo, San Sebastián. Testigos presenciales nos informan de que parte del edificio se ha venido abajo. De momento no se conoce el número de víctimas. La explosión ha tenido lugar en el interior del cuartel y

nos informan que se ignora la causa del siniestro, pero parece descartarse un atentado terrorista. Algunas fuentes afirman que podría haber estallado, de manera fortuita, material explosivo almacenado en las dependencias. Seguiremos informando...»

Repasé los detalles postrada en el asiento. El pánico me impedía respirar. Gorka, tan asustado como yo, tenía la mirada clavada en la carretera, que era apenas visible tras la cortina de agua. A los pocos minutos, el locutor aportó nueva información: la explosión había afectado un elemento estructural de uno de los bloques de viviendas que, replegado sobre sí mismo, se había convertido en una montaña de escombros. Se desconocía aún la causa del siniestro y el número de víctimas.

Todavía no sabía qué había sido de mi madre, de su amiga, de la hijita, la pequeña Valeria. Tampoco decían si la explosión había herido o matado a mi padre, el comandante, o a alguno de sus subordinados. Recordé a la pareja de ancianos sentada junto a la fachada del edificio. Dios sabe que pedí con todas mis fuerzas que no los afectara la explosión. Esperaba un milagro, desaparecer, morir. El corazón me latía desbocado. *¡Para!*, le dije, *¡detente!* *¡Obedéceme!* Apreté los ojos hasta que me dolían. Pero siguió latiendo.

El despacho de mi padre estaba en el primer piso del bloque adyacente al de las familias de los mandos, donde vivíamos nosotros. Nuestra casa era en la cuarta planta. Justo en el piso de abajo vivía su segundo, el capitán Gurruga, con la mujer y una

niña preciosa de dos años. Las familias estaban muy unidas y era habitual que comiéramos juntos los días feriados. Cuando querían ir al cine, yo me quedaba con Valeria, la hijita.

Desde los diez años, la casa cuartel de Intxaurreondo había sido mi mundo. Al principio me sentí prisionera, pero enseguida se transformó en un espacio de juegos y aventuras. Allí pasaba el tiempo que no estaba en el colegio, al que iba siempre escoltada por agentes de paisano. En las dependencias de mi padre, jefe de las operaciones antiterroristas, me movía con absoluta libertad: entraba a mis anchas en la gran sala saturada de humo, tapizada de organigramas y fotos con nombres escritos a mano, y permanecía allí durante horas mientras los hombres de mi padre fumaban y hablaban todos a la vez. De pronto él salía del despacho, daba una orden y todos callaban. Se apostaban alrededor de la gran mesa de madera llena de mapas para recibir sus órdenes. Cuando cumplí los dieciocho años, toda esa información que durante tanto tiempo había sido irrelevante adquirió valor.

En la adolescencia la vida en Intxaurreondo me resultaba claustrofóbica. Un coche camuflado me trasladaba hasta el instituto, me dejaba a una manzana de allí y yo continuaba el camino a pie, escoltada por los agentes de paisano. Seguía el mismo protocolo a la salida. Cuando me matriculé en enfermería, mi padre me advirtió que las normas serían las mismas:

—Si no, pondrás en serio peligro tu vida y la de la familia. Nadie debe saber quién eres.

Me permitió ir a la universidad en transporte público, pero siempre vigilada a cierta distancia. Me sentía sola. Fue mi madre la que me animó a que estudiara en la ikastola de Getaria, una pequeña población situada a treinta kilómetros, al oeste de San Sebastián, donde vivía la hermana de mi padre.

—Es tu oportunidad de ser libre por unas horas—me dijo—. Si piensas trabajar en un hospital del País Vasco, te conviene

conocer el euskera. Podrías quedarte a dormir en casa de la tía. Yo me encargo de convencer a tu padre.

Dos días a la semana, los martes y jueves, tomaba el autobús y me sumergía en la magia de mis ancestros vascos. No sólo estudiaba euskera, también recibía adoctrinamiento sobre la historia de Euskal Herria. El coche camuflado aparcaba enfrente de la ikastola y delante de la casa de mi tía. Mi padre temía que, para vengarse de él, quisieran hacerme daño.

Pasé muchos fines de semana en un caserío del Pirineo navarro, en compañía de Haizea, mi profesora de euskera, que era más o menos de mi edad. Mi madre creía que era una buena influencia para mí. Permanecíamos juntas en casa y mis notas mejoraron. Al cabo de unas semanas, los agentes dejaron de aparcar frente a su domicilio. Ya algunos compañeros sabían por Haizea quién era mi padre y que yo tenía una relación conflictiva con él. Fue entonces cuando Haizea y yo empezamos a hacer excursiones al monte. Allí aprendí a montar, a desmontar y a disparar el arsenal de la organización: la Sten MKII, la Browning, la Star y la HS de nueve milímetros Parabellum.

Me convertí en su mirlo blanco... *¿Cómo pude ser tan estúpida?*

En la gran sala del cuartel, seguía viendo fotos espeluznantes de cuerpos destrozados. Oía los relatos de los compañeros de mi padre: algunos habían sufrido mutilaciones horribles y otros habían dejado viudas y huérfanos. No obstante, cuando volvía a casa, le decía a mi madre que iba a estudiar, me encerraba en el cuarto y anotaba en una libreta lo que había visto y oído. Después entregaba la información al enlace. Durante cinco años les informé de cada uno de los pasos de mi padre, hasta que decidieron hacer el atentado de Intxaurre. No supe decir que no.

1979 había sido un mal año para ETA. La Guardia Civil había capturado a muchos comandos. Los servicios de información se enteraron de que la cúpula iba a reunirse en el caserío. Yo intenté

dar aviso, pero detuvieron a mi enlace: era un valiente y no me delató. En el asalto murieron todos los dirigentes y la organización quedó descabezada. La respuesta no tardó demasiado tiempo en llegar.

Intxaurreondo era una auténtica fortaleza. Cualquier atentado tendría una grandísima repercusión mediática y serviría para levantar la moral de los militantes. Había llegado el momento de sacrificar al mirlo blanco. Me instruyeron durante semanas. Mis armas eran una mochila cargada de Goma-2 Eco, tornillería y un temporizador. Tendría que salir de España antes de que se descubriera que estaba involucrada. Huiría a Nicaragua en un vuelo desde Madrid. El Frente Sandinista me acogería como enfermera cooperante y me protegería de las represalias.

Finalmente se estableció la fecha. Sería el sábado 8 de septiembre, a las 9:30 de la mañana, coincidiendo con la reunión matutina de la unidad antiterrorista. Dos días antes inicié los ensayos. Vacíe la mochila, la llené de libros para que tuviera el mismo aspecto. Después del desayuno, mi padre bajó a su reunión. Esperé. Cogí la mochila. Besé a mi madre y me dirigí hacia la gran sala. Mi padre se encontraba en el despacho conversando con Anchón Gurruaga. Dejé la mochila debajo de la mesa. Los demás hablaban entre ellos y, como siempre, ninguno me miró.

Luego salí de la casa cuartel. Deambulé por los alrededores. A pocos metros del edificio, había una pareja de ancianos: él leía el periódico, ella daba de comer a las palomas que se arremolinaban a sus pies. El corazón me latía como si la mochila fuera a estallar en ese mismo instante. Están demasiado cerca, pensé. Sentí el estúpido impulso de pedirles que se alejaran.

La anciana se percató de mi presencia. Me saludó con la mano y sonrió. Yo permanecí inmóvil sin dejar de mirar el minuterero. Me estoy volviendo loca. A las nueve y media volví, recogí la mochila y me fui hacia el hospital donde mi padre me había

conseguido una plaza en pediatría. Al día siguiente repetí el guion. También los ancianos se sentaron en el mismo banco. *Si mañana están aquí, pueden acabar heridos o muertos.* Una vez más, en las dependencias de mi padre, nadie se había fijado en mí, ni en la mochila. Salí rumbo al hospital.

La noche del viernes ya no pude dormir. No quería defraudar a la organización pero tampoco quería hacer daño a todas esas personas que apreciaba y conocía por nombre. *Dios mío ¿qué hago?*, me pregunté una y mil veces. Ellos me habían repetido incansablemente: *Solo afectará a unos hombres que combaten a nuestro pueblo, tu verdadero pueblo. A ellos no les importa matarnos. Es hora de que reciban su propia medicina. Los padres euskaldunes contarán a los hijos tu hazaña. Nunca se olvidará lo que vas a hacer por Euskal Herria.*

El reloj marcaba la una y cuarto. Los pensamientos no me daban reposo. *Nunca he asistido a los cumpleaños de mis compañeros. Nunca les he invitado, por miedo a que descubran dónde vivo y quién es mi padre. Desde mi llegada, he sido una niña fantasma, él me obligó a ser invisible... me trajo a este lugar sin tener en cuenta mis sentimientos... Nunca he tenido una amiga hasta que conocí a Haizea en la ikastola de Getaria. Este será el atentado más audaz desde Carrero Blanco.*

Daba vueltas y más vueltas en la cama. Supongo que todavía anhelaba alguna señal para abandonar. Por fin me venció el cansancio. *Dios mío, te necesito. ¡Ayúdame!* Fue mi último pensamiento antes de quedarme dormida. En la calle oía llover. El reloj, la última vez que miré, marcaba las seis y once. A las ocho, sonó la alarma del despertador. Abrí la ventana para ventilar y la lluvia me salpicó la cara. Después de la ducha, me senté frente a mis padres en la cocina y bebí en silencio un café negro muy cargado.

8.55 a.m. Mi padre besa a mi madre y sale de casa. Me quedo junto a ella, pongo mi mano en la suya y le digo lo mucho que

la quiero. Me mira con sorpresa porque últimamente no soy muy dada a esas muestras de cariño... *¡Pobre mamá!* Sabía que ese era el único modo de mantenerla a salvo de mi otra vida. Desde que mi padre nos llevó allí, estaba muy sola. La vida en una casa cuartel del País Vasco no es fácil.

Dios mío, ¡cuánto quiero a mi madre y qué poco se lo he dicho! No me había atrevido a pensar que mi padre podía morir en la explosión. Pero, en esos últimos momentos junto a ella, tuve que afrontarlo: *¿Podrá perdonarme? ¿Podré recuperar su cariño algún día?* Advertí que pisaba arenas movedizas que ponían en peligro la misión. Una vez que saliera por la puerta, tardaría mucho en volver a verla. Quizá no la viera nunca más.

Dije que tenía que irme al hospital y la abracé. Mi madre me besó y me susurró al oído:

—Tienes que contarme qué te pasa.

—Después, mamá, después, cuando regrese...

La besé. Recogí la mochila cargada que me había entregado Enaitz, el “Pistolas”, del comando Donostia. Fijé el temporizador a las 9.30 a.m. Bajé las escaleras hasta el gran patio central. Seguía lloviendo. Entré en el zaguán limítrofe. Subí a la primera planta.

9.10 a.m. Al entrar vi que mi padre no estaba en su despacho. Me alegré. En torno a la mesa de madera había gran revuelo. El segundo de mi padre explicaba una acción con un plano de Pasajes y numerosas fotografías. Dejé la mochila debajo de la mesa. Salí. Me detuve antes de cruzar el control de entrada y salida de Intxaurre. El corazón me latía en el cuello. Dudé. Me di la vuelta. Si alguien me observaba pensaría que se me había olvidado alguna cosa. En realidad, el cuerpo me pedía que recogiera la mochila, y saliera de allí, me metiera en el coche... y ¡boom!

¡Dios, guíame!, rogué, desde la absoluta inconsciencia. Subí los escalones de dos en dos. Agarré la mochila. Miré a mi alrededor. Al fondo de la sala, junto a la pared, vi la mesa metálica sobre la que descansaba la cafetera eléctrica. Me pareció, de pronto, una idea brillante. ¡Gracias, Dios! Depositó la mochila

debajo de la mesa metálica. La arrimé cuanto pude a la pared. Recé para que la mesa amortiguara la explosión y volví a darle gracias a Dios.

Sólo ahora sé que no había nada que agradecer. Hablaba con Dios pero Él no hablaba conmigo. No iba a participar en semejante monstruosidad.

9.19 a.m. En la esquina se encontraba el coche que me iba a llevar hasta Madrid. Gorka me entregó el billete del vuelo de Iberia a Managua y un sobre con mil dólares, que guardé junto al pasaporte. Sabía que once minutos más tarde se escucharía la explosión.

La tormenta avanzaba desde el mar y amenazaba con inundar la tierra y ahogar a sus habitantes. Al día siguiente iba cumplir veintitrés años.

Managua,

martes 11 de septiembre de 1979,

8.12 a.m.

Me despertaron las carcajadas. Abrí los ojos. Mi primer impulso fue levantarme para acudir a la cena en el inmenso salón del primer piso. Miré el reloj.

Había dormido hasta la mañana siguiente y ya no sentía ni rastro de la angustia. A mi alrededor, varios jóvenes a medio vestir hacían malabarismos para no pisar a los que seguíamos tumbados en los colchones. La luz inundaba aquella habitación repleta de juventud y hormonas.

En las paredes del salón colgaban retratos al óleo de personajes de otra época. Me recordaron los cuadros del Greco: flacos, espigados y de barba puntiaguda, tres damas con ropajes

sobrecargados, que parecían emparentadas con Isabel II de España. Un piano Steinway evocaba los bailes y fiestas que se habían celebrado allí en otro tiempo. En un aparador de caoba había fuentes de porcelana fina con huevos fritos y cocidos, beicon, alubias, arroz sancochado, frutas, jarras de café y leche. Los comensales estaban distribuidos en mesas de seis y hablaban a gritos. Se levantaban insaciables a rellenar los platos y las tazas. Me hicieron hueco en una mesa y comí con el voraz apetito de cuatro días de ayuno.

El capitán Marco Suárez me esperaba en la calle. Pareció sorprendido al verme: ya no era la joven abatida del día anterior. Me miró sin disimulo, escrutándome cada facción del rostro. Se detuvo en el pequeño lunar que tengo en el labio superior y lo vi sonreír; tal vez le hizo gracia descubrir que no era barro. Se me pasó por la cabeza que tonteaba conmigo. Me fijé en su piel morena. Parecía oro viejo. Me atraían sus ojos de indio invicto. *Estoy loca.*

Me acompañó a pie hasta el Ministerio de Salud. Desde la calle Colón pasamos por delante de la antigua catedral de Managua, aparentemente abandonada y llena de grietas por el terremoto. Me señaló la fachada con las grandes estatuas de la reina Isabel la Católica y del almirante Cristóbal Colón. En el ministerio me recibió Ronaldo Cardenal, un funcionario de mediana edad, enjuto, con un traje arrugado y caído de hombros, como de enterrador. Estaba de pie, detrás de un enorme escritorio repleto de expedientes. Un cigarro habano se consumía en un cenicero de cristal repleto de colillas. No me gustó su tono paternal, ni la excesiva familiaridad.

—Hola, compañera Irune, bienvenida a la revolución. Sabemos de por qué estás acá. Nos han hablado de tu gran hazaña y nos han pedido que te protejamos. Vamos a cuidar bien de vos. Mi consejo es que rehagas tu vida entre nosotros, porque vas a pasar mucho, mucho tiempo en este país. He pensado en el

sitio perfecto para que te olvides de todo: se encuentra en plena selva atlántica.

Explicó luego que dos médicos austriacos estaban construyendo un hospital en esa zona, que nunca había tenido servicios sanitarios. Ninguno hablaba demasiado bien el español y necesitaban apoyo para entenderse con la población local. El equipo, además, debía ejercer una labor docente. Era urgente que las mujeres aprendieran las normas sanitarias elementales para erradicar enfermedades endémicas y disminuir mortalidad infantil. La mayoría ni siquiera sabía qué era una vacuna.

—Hay mucho trabajo por hacer. Y tenemos que cumplir el compromiso que la revolución ha adquirido con el pueblo — Cardenal acercó a los labios el puro, aspiró el humo y lo soltó lentamente—. Te gustará. Es un lugar maravilloso para empezar una nueva vida. Está al final de una carretera y a partir de ahí sólo hay selva. Además, otra enfermera española llegó allí hace poco. Pueden apoyarse las dos y hacerse amigas.

Me guiñó un ojo, el muy cretino. Se giró luego hacia el colorido mapa de Nicaragua que había a su espalda. Señaló con el dedo la ciudad de Managua y lo arrastró a lo largo de una carretera que bordeaba el lago Managua. Se detuvo en una ciudad llamada Juigalpa y dio unos golpecitos.

—De momento, este es el único hospital que atiende a toda esta zona —Trazó un círculo—. Es demasiado territorio, compañera. La gente fallece antes de llegar.

Siguió desplazando el dedo hasta un área donde ponía ZELAYA en grandes letras verticales. Abarcaban casi la totalidad de la costa atlántica. La carretera remataba en El Rama y más allá había una extensión colosal de un verde tan oscuro que era casi negro. Un serpenteante trazo azul —*Río Escondido*, leí— se adentraba en la mancha negruzca y diseminaba otros hilos azules antes de desembocar en el Atlántico. Muy cerca había una población que se llamaba Bluefields.

—El hospital va a estar aquí —Señaló un punto que ni siquiera tenía nombre, junto a un hilo azul más grueso que los otros—. Un poco antes hay una pequeña aldea llamada Puerto Esperanza, junto al río Siquia, uno de los afluentes del Escondido. Es ahí donde trabajarás vos. Será prácticamente imposible que te encuentren. Eso nunca lo permitiríamos, compañera Irune.

El capitán Suárez me pondría en un autobús al día siguiente. Tenía que aprovechar esa maravillosa oportunidad que me daba la vida. Cardenal repitió que allí nunca me encontrarían.

—Buen viaje y bienvenida a la revolución sandinista, compañera.

Entonces, yo misma ignoraba muchas cosas. Las autoridades españolas, por ejemplo, llegaron a creer que yo era una de las víctimas: todas eran mujeres y bebés, a excepción de la pareja de ancianos. También elucubraron extrañas hipótesis sobre un supuesto material explosivo que había estallado de manera fortuita. Al final del desastre, mi padre sintió un gran alivio al no encontrar mis restos entre los cascotes. Pero cuando la investigación me señaló como la autora del atentado, dar conmigo se convirtió en su obsesión. Jamás me perdonaría. Contaba, además, con la ayuda de su segundo, el capitán Gurruga, que quería vengar la muerte de su mujer y su niña. Ambos sabían moverse por las cloacas del Estado. No había ningún lugar del mundo donde pudiera esconderme de ellos.

Ya había decidido que, cuando me localizaran (y no tenía duda de que lo harían), no iba a defenderme. Ojalá no tuviera que esperar demasiado tiempo. ¡No deseaba vivir con esa amargura que me consumía! Tal vez lograra engañarme con el espejismo de una segunda oportunidad, y hasta pudiera ser feliz durante instantes, pero solo era eso: un espejismo. Yo había muerto con mi madre, con mi Valeria, con las otras mujeres y con los bebés. Solo faltaba que se certificara mi defunción. Lo dejaba en manos de mi padre.

Ronaldo Cardenal no podía imaginar que, en El Rama, la cólera que sentía hacia Dios iría creciendo hasta hacerse insoportable. Era el verdadero responsable de cuanto me había ocurrido. Se había transformado en un ser injusto, indigno de que volviera a confiar en Él. Si al menos me ayudara a cumplir mi anhelado deseo... Si pudiera ordenarle a mi corazón: ¡párate, detente! y mi corazón dejara de latir, podría creer que aún le importaba, al menos un poquito.

Cardenal no mencionó que ninguna enfermera nicaragüense había aceptado ese destino en la selva atlántica. Ni que esa era la verdadera razón por la que el Ministerio había tenido que enviar hasta El Rama a dos españolas. Tampoco me dijo quién era la otra enfermera.